

En el camino

por Javier Córdova

El camino es nuestra forma arquitectónica más importante.

En un mundo de inmediatez absoluta, de jets y circuitos el camino real se ha convertido en viaje interior.

El mundo exterior ha ido más allá de toda ciencia ficción.

Marshall Mc Luhan

—¡Cien! — había anunciado el Loco, detrás del volante. Los guantes blancos lo hacían parecer más moreno, quemado por el sol nativo. . . Le envidiaba la expresión al reírse, al caminar. ¡Nunca me gusté! Tenía la mano izquierda en el volante, como lanzando un puñetazo al parabrisas, y con la derecha aferraba la palanca de velocidades. De tiempo en tiempo pasaba la mano hasta las piernas de la Pituca, la atrayente y perfumada, ese engendro que he soñado tantas veces (esa piel mórbida, esa forma ardiente de sus senos), sentada entre nosotros dos. El aire movía en remolinos el humo que yo exhalaba. Fumar era un divertimento sucio, me conformaba consumiendo un cigarro tras otro, puesto que

a nadie le importaba. Puesto que a nadie le importa.

Buscar la muerte de esa estúpida forma, es convertirse en otro quiste. La ciudad desplazándose tras la ventanilla polarizada. Estábamos al resguardo de la realidad, y eso me animaba a seguir fumando, ajeno a todo, incluso a la velocidad.

—¡Ciento diez! — anunció de nuevo. Los Pinos pasaron junto a nosotros, con sus soldaditos apostados en las azoteas, curiosamente heroicos en un país sin defensa, sin armas, sin palabras, sin actitudes. La Pituca pidió un cigarro, demoré en dárselo, para que me mirara, para poder ver por algunos segundos el brillo de sus ojos ajenos. Un poco de calor en mi frío horizonte sensual. Pasé lentamente mi mano sobre su cabeza, despeinándola quizá. Y cuando por fin el encendedor del auto botó, ardiendo, la ciudad vivía las cinco y media de la tarde, una luz rojiza, casi invisible nos detuvo.

— Qué gacho — dijo el Loco, sonriente—, ya que empezaba a agarrarle sabor.

¿Recuerdas la automuerte de Lupe Vélez? Y James Dean se había muerto a 150 Km/hr. en un Porsche. Jagger debería morir electrocutado en una audición orgiástica. Jagger debería acabar carbonizado entre amplificadores de sonido y el clamor de la multitud. "Espero morir antes de ser viejo" escribió una vez Toughend, pero el tiempo no perdona a nadie y ahora los años pasan más y más rápido. Estoy viejo.

*I've heard people say it a thousand times
In a thousand different ways;
I've heard people play it a thousand times
And they know that's the only way to play
You've been reading it without living it
Now that's the golden prison we can always find
Living in stories and living in books or
We can live and leave all the stories behind
It's up to you and it's up to me
Come down yelling timber though the burning trees
Who's been telling you about perfection
And how did he get in here — That's the question. . .*

— ¡Putá carajo! — rugió el Loco, al mismo tiempo que pasaba a segunda velocidad. Pero qué bonito es México. ¡Y la solución somos todos! , qué chingao.

Cruzábamos a la altura de edificios de tres o cuatro pisos, amarillentos, y desde mi lugar podía ver el interior. Era lo único que podía hacer. Manteles manchados, baños húmedos, cocinas repletas de trastes sucios, recámaras indolentes, gente somnolienta.

—No es lo mismo huele a traste, que atrás te huele — ríe la Pituca, y yo tardé en Ligar. Como siempre.

Nos hundíamos en una curva prolongada. El Loco festejaba las palabras de la Pituca con una carcajada histérica, al mismo tiempo que nos llevaba hacia una elipse gigantesca como el vuelo de un



águila sobre los acantilados. El chillido de las llantas vino junto al gemido de la Pituca, como si la velocidad la penetrara. Reían.

— Métele, métele —dije casi en voz baja. Ya que no podía penetrarla yo, ya que no podía hacerla gemir yo, ya que no podría presenciar un orgasmo suyo. Me ignoraban.

La valla protectora silbaba junto a nosotros, se había convertido en un enorme engrane amarillo. Allá, surgiendo entre las azoteas con ropa puesta a secar, aparecieron el cerro de la Cruz, el de la Estrella, y todo el valle de Santa Clara, San Agustín. Más cerros atrás, como elefantes dormidos por decenas de años de dominación. Rutilantes y cercanos.

— Ciento quince. . . —sombrió, calculador, asombrado. Y nos precipitamos hacia el lomo de otro puente recién trazado. Abrí por completo la ventanilla. Quería hundirme como siempre, en la contemplación del paisaje citadino y vertiginoso. Huíamos de la destrucción, el motor rugiendo, pulsado en la subida, nos proyectaba hacia el cielo, ilusionados con un futuro diferente, un cielo infinito surcado por bandadas de palomas caseras, animales de sangre caliente cruzando un aire irrespirable.

Los edificios de Tlatelolco parecían estáticos, como estalagmitas milenarias. Al llegar a la cumbre, el auto se despegó del piso y nos sacudió violentamente.

— No se me espante, no se me espante —decía el Loco a la Pituca, maniobrando con pericia, llevándonos en su locura hacia otra pendiente, dividida en tres carriles por franjas ostensiblemente blancas, seccionadas, intermitentes. . .

Nerviosamente apagué el cigarro; sonreí a la Pituca. Una mariposa, pegada al parabisa, luchaba por despegarse.

— Ya cálmate —dije, lleno de miedo, bromeando. Nos van a parar. . .

— Me paras éste y no digo nada —susurró sin misericordia. Miedo quizá de romper el encanto de una perspectiva en movimiento. La Pituca me miró con suficiencia, la socarronería de orgasmos felices la respaldaba.

— Termina Vía Rápida. Disminuya su velocidad. Recité, como si los detuviera antes de hacer el amor; la carretera se bifurcaba en el fondo gris de la ciudad.

— Voy a escribir. . . —dije a manera de disculpa. Me estiré hasta alcanzar el asiento trasero con las manos, luego hice palanca con las piernas, y cuando el Monumento a la Raza pasaba frente a nosotros, y el Loco maldecía el tráfico, logré acomodarme. Puse la pequeña Lettera 22 sobre mis piernas. ¿Es su máquina de escribir un símbolo sexual? Y mecanografié las primeras palabras.

La ciudad conminatoria está ahí afuera, igual de triste que en la conquista, despojada de todo vestigio de grandeza, las canciones de los tríos y mariachis aún resuenan.

— Ya empezaste con tus mamadas—, interrumpe el Loco, rebasando por la derecha un camión de pasajeros. —¡Jodidos! —grita, para irrumpir en un mundo que cree suyo, golpea para demostrar que vive, que aún está ahí.

— ¿Qué dices güeicito?

— Nada —contesto. Es que suelo murmurar mientras escribo.

Mi llamado a los demonios se reduce hasta balbuceos indescritiblemente melancólicos, cargo frases de oscuras tendencias, como esa tarde que se opaca ahí afuera, se llena de rumores nocturnos, de puestos de fritangas y borracheras solitarias, de perros noctívagos.

No sé, siempre me ha dado miedo esta hora del día, las transiciones son siempre difíciles, dolorosas como parto, como desvirgar o agonizar, como la noche anterior a la ejecución.

A las siete de la noche, junto con el frío, llegó al aeropuerto. Pensé en azafatas, en uno que otro piloto, y el alto vestíbulo con sus letreros azules y ambiguos. La angustia se apoderaba nuevamente de mí. Esgrimo las teclas para protegerme de sus agresiones.

Pasamos de largo por Hangares. Un jet enorme y metálico, lleno de luz, como un buque fantasma, surcó el aire sobre nosotros, poderoso y ajeno. Para él, para los pasajeros en el confortable interior, éramos esa maraña de cables insertados, guardábamos aún ese aspecto de sociedad hormiguicida que supondrían conocer.

— ¿Tienes frío? —preguntó la Pituca, mirándome como ella suele hacerlo, recobrando de golpe la frescura del día. Me sentí incómodo, sabía que no debería estar ahí, como en los cuentos de Pavese. Quizá quisieran amarse en el auto. Besarse. Sin embargo, no me atrevía a pedir bajada, tenía que sumergirme más y más en las letras, mecanografiar demencialmente mi miedo, después de todo, yo también pertenecía a esa raza de sentimentaloides.

Golpeo la máquina, picoteo las teclas como pájaro carpintero, desequilibrado y nervioso, sintiéndome perseguido, abierto a la noche, que también me desgarró, entregándome como un bastardo a la melancolía, a la pérdida de la razón, al valor pretendido de toda palabra. Pero había que actuar, moverse, destruir la mediocridad, aunque al destruirla terminara destruyéndome. A mí, y lo que creía ser. Quizá los tecolines estuvieran seguros de algo, de una moral, de un amor. Y yo tenía vergüenza de amar como amaron ellos.

Entramos de golpe en Churubusco, el alumbrado amarillento daba la sensación de estar perdidos, horriblemente perdidos. Pero al Loco le gustaba eso, de algún modo también huía de la realidad. Querer hacer del alumbrado público una posibilidad de tecnología, de poder, era huir. Y encendió el radio.

Afuera llueve, el encierro forzoso no tiene miras a ser diferente de otros. Mi necesidad de hablar se



acentúa, en realidad sólo quiero decir que la amo, y que me oiga. Repetir sobre las teclas te amo, para convencerla o convencerme, para no sentirme malditamente solitario, auspiciando arbitrariamente mi soledad. Dedear para perder el tiempo, sentir que somos diferentes, que nos hemos salvado de un destino común, que somos otra cosa, furtiva, ilegal. . . Unos tipos que no hablan de ropa ni desayunos, que se esfuerzan por escapar, que no se conforman, que sueñan. . . La lluvia cerraba el camino, lo convertía en una cortina que incesantemente rompíamos, como si nos tragara. El asfalto resultaba ser la lengua de la noche, perdiéndose en el fondo negro y panorámico, extraviándonos. La Pituca era la Dama pintada de Mónaco, en la que deberíamos confiar.

— Ciento noventa. . .

— No la friegues —dije, sin creérselo, asomándome al tablero.

— La temperatura buey. . . —me dejó mudo. La Pituca me miró sonriente. Luego se acercó al Loco, murmurando. Reían, y el jadeo de sus risas me exasperaba. Abrí la ventanilla para sentirme vivo,

descarnadamente vivo, con el cuero de gallina y el pelo enmarañado.

— Nos vas a congelar cabrón. . . —maldijo el Loco, pero no le hice caso, quería sentir la cara fría fría, que no éramos tan simples como los demás, que éramos capaces, que había sensibilidad en nosotros, que la vehemencia se apoderara de nuestros cuerpos.

El Loco torció peligrosamente la dirección, vertiginoso, inesperado en la noche fría. Entramos por una calle lateral, y luego otra, y otra más, en la lateralidad de la vida, alejados del ruido, del tránsito. Y nos detuvimos frente a un hotel.

— Nos perdonarás un rato hijo. . . —Con su gran cara cínica de fraile del siglo XVI. No entendí. La Pituca se entretenía con el zíper del abrigo.

— Por mí no hay cuete. . . —dije, ausente y envidioso. Salieron del auto, una oleada de aire frío y sus figuras negras, acompasadas, bajo el letrero rojo marcándose oscura, dudosamente, como fantasmas en mi memoria.

Debía recordarlos, aún aturdido por el insomnio,

desechando papeles medio escritos. El tecleo de la máquina se había convertido en crepitar de locomotora, un crepitar tenaz, que no descansaría hasta dejarme vacío, completamente vacío, acurrucado y friolento en el asiento trasero del coche. Ahí, masturbado y bobo, abandonado a la noche.

— Despiértate güey... —urgía el Loco con su voz odiosa. Lastimosamente, arrojé la máquina al piso. Torpe, gateando, golpeándome, logré acomodarme junto al Loco. Corría nuevamente en el Circuito Interior, corría solo, despavorido, sonriente, feliz en su inconciencia.

Una delgada aguja de inseguridad y de miedo atravesó mi vientre. De pronto las blancas e intermitentes líneas de asfalto desaparecieron, la valla protectora se acercó peligrosamente, el Loco maniobraba endemoniado...

— Ay güey —con su clásico sonsonete. Mi reloj marcaba las 3:30. No había de qué hablar. Dos luces rojas pasaron sobre nosotros, deformes, tam-

bién fantasmales, habitando por segundos el silencio de la noche. La habitaban igual que la voz de Janis, concretándose más y más, en una especie de lamento, que en la oscuridad parecía brotar de otro mundo, acercado por la penumbra, por lo desconocido.

— Te pasaste el alto —le dije al Loco, fuera de mí mismo.

— No me digas... a poco... Parecía descifrar las palabras al mismo tiempo que las decía, estábamos frente al Guardián, en el umbral de lo otro, a 150 Km/Hr. cuando ese mundo de ahí afuera dejaba de existir, para poder existir nosotros, y la velocidad.

Los actos cotidianos, ahora, se conformaban con una coherencia y una importancia devastadora, me sentía reducido ante aquel mundo, algo se iba a revelar, y yo aún no sabía qué.

Encendí un cigarro, subí el volumen del radio. Mi boca era una enorme cueva pastosa y amarga, mi risa insistía en ser mueca, mientras ese grito visceral seguía allí, surgido de la oscuridad del cielo, del frío y la soledad.

Era como si la oscuridad me hablara... Abrí la ventanilla, el gran viento nocturno aumentaba en mucho la intensidad del encanto. Bajo las ruedas, la ondulación del camino se abría, como rodeando las zonas erógenas de la noche. Lejos, muy al norte, Arturo Trejo, al abrir el refrigerador, encontraba catorce botellas llenas de jugo de tomate, alineadas como depósito de sangre. Una sangre espesa, comestible. Me sentí observado, miles de ojos se clavaban en mí como en un intruso.

— Se me hace que te equivocaste de camino pinche Loco...

El Loco sonreía aferrado al volante, hundiendo el acelerador sin misericordia. Las llantas lanzaron un aullido hacia la luna. Nada me importaba, ni el oscilar de las agujas, ni el eco de mi voz ronca y afectada que decía:

— Te equivocaste güey, ahora sí te equivocaste...

No contestaba, era inútil contestar cuando lo importante era el silencio. Saqué la cabeza por la ventanilla, el empuje del aire era bestial, negro y profundo, me conmovía hasta lo más interno de los huesos.

— Te vas a matar cabrón... —la voz provenía del interior del auto, pero tampoco importaba. Frente al auto, el mundo se abría, atrás quedaba clausurado. Inaugurábamos de alguna manera lo real, el presente, destruíamos la idea del espacio, el aquí, para dar paso al ahora.

A la derecha, pasaban puntos lejanos de luz, como de ciudad dormida. Entonces comprendí que hablar en ese momento era un rito, que cantar era cantar con la noche, que la ausencia de luz transformaba el mundo, que en esas frías y mágicas regiones inhóspitas y solitarias, únicamente los iniciados, seres también nocturnos, quizá como nosotros podían habitar...

